

Mario está a punto de llorar.

Acababa de llegar a Atocha en el tren.

Le hubiera gustado regresar a su casa, meterse en la cama y ser arrullado por su madre como cuando era niño.

Las madres eran las únicas que podían consolarlo a uno cuando se encontraba en un estado tan lamentable como él en esos momentos.

Pero mamá ya le había abandonado para siempre, como Mireya, al parecer.

Al menos había quedado con Mónica, una chica comprometida e inteligente, así que no era cuestión de echarse atrás.

Aunque a decir verdad, ni siquiera le atraía.

Mireya sí que le volvía literalmente loco, y de ahí que hubiera perdido la razón, e incluso las ganas de vivir.

Justo allí, en el lugar del atentado más cruento de la historia de España, habría sido capaz de echarse a las vías para ser arrollado por un tren.

Y es que se habían encontrado en la estación de Ciempozuelos.

Con su melena resplandeciente brillando bajo el sol, sus preciosos ojos verdes, y su piel tan blanca...

Le recordaba a la leche y le daban ganas de comérsela.

Le volvía caníbal, haciéndole perder la razón.

¿Sería eso amor o deseo?

La cuestión es que también se dirigía a la manifestación, pero con otro chico.

Iban de la mano, y se lo había presentado como si tal cosa.

¿Acaso no había recibido el mensaje que le había enviado antes de irse a dormir?

Ni que lo hiciera adrede, para torturarlo.

Dentro de él se encontraba una especie de fiera llena de rabia.

Hubiera asesinado a aquel intruso.

Sentía como si le arrebataran algo que le pertenecía.

La propiedad privada...

Cómo demonios iba a terminarse con ella en el mundo si para empezar las mujeres eran codiciadas por sus congéneres masculinos como tal.

Y es que de no ser así, de no poner coto a su libertad, hoy estaban con uno y mañana se iban con otro.

Eso no podía ser.

Sentía pensar de un modo tan conservador, pero luego no era de extrañar que las personas se volvieran locas y acabaran matando a su pareja.

Lo cierto es que comprendía a Althusser, su ídolo, su pensador marxista favorito, porque en ese instante él también sentía deseos de estrangular a Mireya.

Esa dulce flor, tan frágil...

Destruírla, desojarla, le parecía justo, pues para eso su precioso falo la había desflorado.

Entonces, qué sentido tenía hacer el amor.

Para qué servía, si luego ella podía acostarse con otro, como si los hombres supusieran para las mujeres penes intercambiables.

Lo cierto es que si Ángel supiera lo que pensaba en ese momento, le hubiera demandado frente a su sagrado tribunal de la igualdad.

Pues más valía que existiera aún la inquisición.

Porque si a las mujeres se les permitía la misma libertad que a los hombres, al igual que ellos, reproduciendo la conducta masculina, se iban con cualquiera.

Con tanto liberalismo económico-sexual, las cosas van a acabar muy mal, piensa a punto de echarse a llorar.